

# El exilio y la muerte de Freud\*

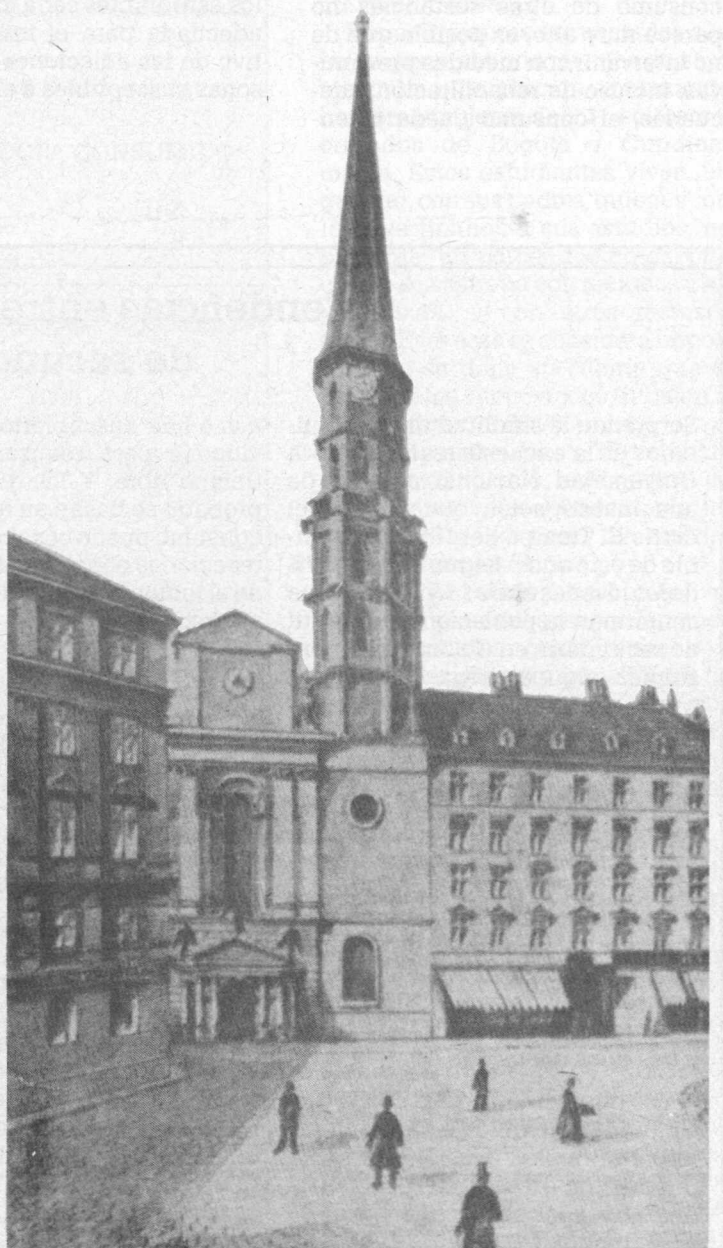
RUBEN JARAMILLO VELEZ\*\*

*"Un intenso egoísmo nos protege contra la enfermedad; pero, al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar, y enfermamos en cuanto una prohibición interior o exterior nos impide amar". (S.F., 1914).*

Michaelerplatz

Pudo haber acontecido alguna vez, por los años que antecedieron al atentado de Sarajevo, que al cruzar la Ringstrasse o al abandonar el severo edificio que albergaba tanto su departamento como su gabinete de trabajo y su consultorio en el centro de Viena, el profesor Sigmund Freud se hubiera topado con un individuo pobremente trajeado de aspecto siniestro. Pudo haber acontecido que en una mañana soleada del verano de 1911 o 1912 por ejemplo, mientras tomaba una taza de té en la baranda del café de la ópera, se le aproximara el mismo joven, o mientras paseaba por enfrente del elegante Hotel Sacher le hubiera salido al encuentro de improviso, para ofrecerle una postal con un motivo de la ciudad: el Burgtheater o la Michaelerplatz a la acuarela, o un dibujo a lápiz de la catedral de San Esteban, del palacio Auersperg, ubicado no

Acuarelas realizadas por A. Hittler en Viena.



\* La presente es la versión original integral del ensayo elaborado para esta revista. Considerablemente abreviado y condensado, se publicó en el *Magazin Dominical* de *El Espectador* el domingo 24 de septiembre de 1989, en su edición conmemorativa de los 50 años de la muerte de Freud el 23 de septiembre de 1939.

\*\* Departamento de Filosofía, Universidad Nacional.



**Burgtheater**

muy lejos de la entrada a la callejuela que lo conducía al *Obdachlosenasy* o "dormitorio de hombres" (que abandonaban el lecho en la madrugada para que otros lo ocuparan) en donde se resguardaba al atardecer ese pobre individuo que con el tiempo llegaría a ser en última instancia el responsable del exilio de Freud en la primavera del año 1938, un neurópata delirante nacido a finales de la penúltima década del siglo pasado en una pequeña aldea a las orillas del río Inn en la frontera con Alemania, que se había trasladado de Linz a la capital del imperio a finales de la primera década. Pues este malogrado artista, que con el estallido de la primera guerra había encontrado la ocasión para escapar a su vida miserable y errabunda alistándose en el ejército imperial alemán (y que al final de la contienda había servido como agente de inteligencia del mismo en el ambiente revolucionario de Munich durante los primeros meses de la postguerra), lideraría un movimiento nacionalista, contrarrevolucionario y antisemita, llegando a ser nombrado algo más de nueve años después de su primer intento de putsch contra la república alemana canciller de la misma, el jefe del Estado.

Ya durante el año 32 se había iniciado la emigración de psicoanalistas, sobre todo hacia los Estados Unidos de Norteamérica, porque después de la reunión de Hitler en enero con los magnates de la industria pesada alemana en el *Industrieklub* de Düsseldorf, en la cual se

aseguró su respaldo, la posibilidad de su ascenso al poder aumentó considerablemente. Por entonces los periódicos nazis atacaban violentamente a Freud, lo mismo que a Albert Einstein, que ya había emigrado y con quien intercambiaría en el verano de ese año unas cartas a propósito del "por qué de la guerra" mientras concluía las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*.

Con el nombramiento de Hitler el 29 de enero del 33 se inició la feroz dictadura que afectaría directamente el destino de Freud. Sus hijos se vieron obligados a abandonar Alemania con sus familias, todos los analistas judíos tuvieron que huir y en la misma Austria comenzó a temerse la propagación del nazismo. En una carta a Marie Bonaparte del 16 de marzo de 1933 le advertía Freud:

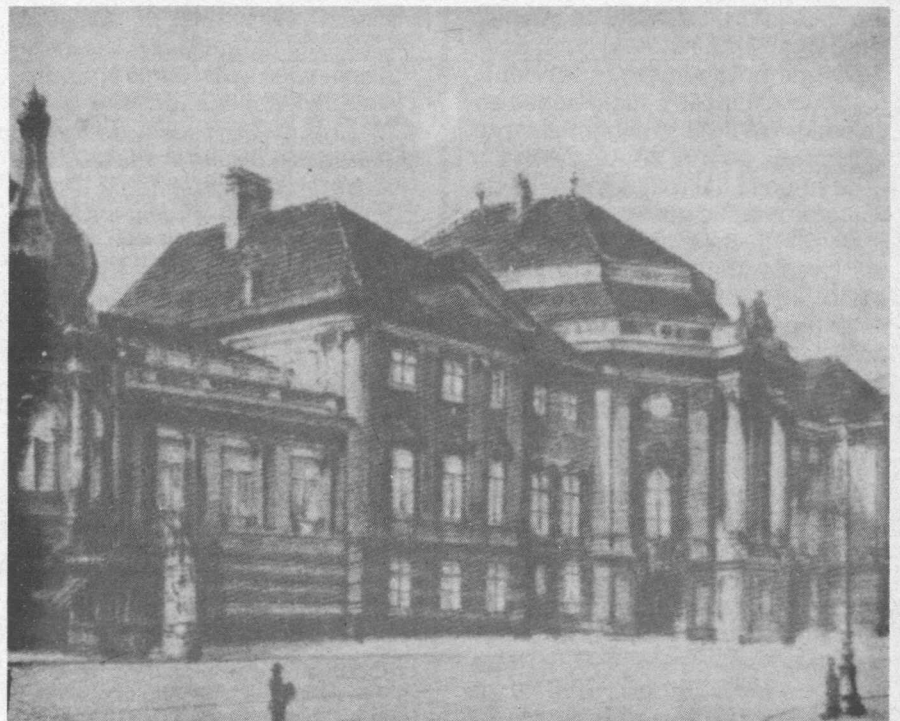
*Tiene usted la fortuna de estar tan sumergida en su obra que no precisa enterarse de las cosas repugnantes a su alrededor. En nuestros círculos cunde la alarma. La gente teme que los excesos nacionalistas de Alemania*

*puedan extenderse a nuestro pequeño país. Me han aconsejado huir a Suiza o a Francia. Eso es absurdo: no creo que aquí haya ningún peligro y, si lo hubiese, estoy firmemente decidido a esperarlo aquí. Si me han de matar, bien: es un tipo de muerte como cualquier otro. Pero probablemente esto sólo sea una vulgar bravata.*

Apenas un mes y medio más tarde —el 10 de mayo— tendría lugar en Berlín la incineración de sus obras por parte de los estudiantes nazis y los miembros de las SA, acto de barbarie precedido por una declaración solemne: "Contra la sobrevaloración de la vida sexual, destructora del alma, y en nombre de la nobleza del espíritu humano, ofrezco a las llamas los escritos de un tal Sigmund Freud".

En Frankfurt, en donde apenas tres años antes había recibido el premio Goethe, tuvo lugar un acto similar. El periódico vienés que informó al respecto agregaba un comentario editorial: "En *Poesía y verdad* (su autobiografía) Goethe se refiere a la primera quema de libros

**Auersperg**





Lou Andreas-Salomé (1938).

que presencié siendo joven, incluso en su ancianidad no podía dejar de temblar ante este recuerdo. Jamás hubiera imaginado que semejante muestra de barbarie se repitiese un siglo después de su muerte". Freud comentó irónicamente: "¡Cuánto hemos progresado! En la Edad Media me hubieran quemado a mí; ahora se conforman con quemar mis libros". No deja de ser dramática la observación de su discípulo y biógrafo, Ernst Jones: "No le tocó saber que aún este progreso era solamente ilusorio, ya que diez años más tarde estarían dispuestos a quemar su cuerpo". De hecho, sus hermanas, a las que no pudo sacar de Viena, fueron asesinadas e incineradas en un campo de concentración durante la segunda guerra, en Auschwitz.

En junio la Sociedad Alemana de Psicoterapia fue puesta bajo el control de los nazis, a cargo de un primo del propio mariscal Goering que envió una circular a todos los miembros de la sociedad obligándolos a estudiar seriamente *Mi lucha* y tomarla como obra fundamental en la nueva orientación. Poco después renunció Kretschmer a su presidencia y fue reemplazado rápidamente por C. G. Jung, el psicoterapeuta suizo que había roto con Freud por los años que antecedieron al estallido de la primera guerra al no aceptar la teoría de la libido y la etiología sexual de las perturbaciones mentales y que ahora debía dirigir también el órgano oficial de la sociedad (la

*Zentralblatt für Psychotherapie*), cuya función principal, según Jones, consistía en "discriminar entre psicología aria y psicología judía y destacar la importancia de la primera".

Freud, sin embargo, fue víctima, si se quiere, de una típica "racionalización" que se expresaba un poco en el anhelo de que Austria "fuese diferente" y pudiese resistir al embate de los nazis. En una carta de abril le escribía a Jones:

*Viena, a despecho de los levantamientos, los desfiles, etc., está tranquila, según los diarios, y la vida aquí se desarrolla sin perturbación. Se puede afirmar con seguridad que el movimiento de Hitler se extenderá a Austria —ya está aquí, en realidad—, pero es muy poco probable que esto signifique el mismo peligro que en Alemania. Lo más probable es que sea frenado por la conjunción de las demás fuerzas de derecha, lo cual significa que la social democracia será reprimida. Esto no será demasiado agradable, y no podrá gustarnos a nosotros los judíos, pero todos pensamos aquí que las leyes de excepción contra los judíos están fuera de cuestión en Austria, a causa de las cláusulas contenidas en nuestro tratado de paz, que garantizan expresamente los derechos de las minorías, a diferencia del tratado de Versalles (para Alemania). Las persecuciones legales a los judíos aquí conducirían inmediatamente a que la Liga de las Naciones tomara medidas. En cuanto una unión de Austria con la Alemania —caso en el cual los judíos perderán inmediatamente todos sus derechos— es cosa que Francia y sus aliados no permitirían nunca. Austria, además, no es proclive a asumir la brutalidad de los alemanes. Así pues nos mantendremos en una relativa seguridad. De todos modos, estoy decidido a no moverme de mi lugar.*

A comienzos de junio escribió a Marie Bonaparte:

*Me es imposible escribir nada nuevo. No tengo humor, ni tema, ni público, y sí demasiadas preocupaciones. Usted misma describió la situación política exhaustivamente. Me parece que, ni siquiera durante la guerra, las*

*mentiras y los clichés fueron tan absolutamente desenfrenados. El mundo se está convirtiendo en una enorme prisión y Alemania en su peor celda... En cuanto a lo que ha de ocurrir en Austria, es sumamente difícil de prever... Puesto que yo mismo no tengo mucha energía vital, me parece que todo el mundo está condenado a la destrucción.*

El 19 de febrero del 34 cinco días después de que estallase la guerra civil en Viena —el último intento de la social democracia por evitar el viraje hacia el fascismo—, le confiaba:

*El futuro es imprevisible... si llegan los nazis trayendo consigo la misma violencia que en Alemania, habrá que irse.*

Al día siguiente le escribió a su hijo Ernst que ya residía en Inglaterra:

*El futuro es incierto: un fascismo austriaco o la svástica. En este último caso, tendremos que irnos.*

En una carta del 25 de febrero a su gran amigo el escritor Arnold Zweig le decía:

*Nuestra guerra civil distó mucho de ser agradable... Ahora, todo se ha calmado: uno diría que es la quietud de la tensión, como cuando se espera en un cuarto de hotel a que alguien arroje contra la pared la segunda bota. Las cosas no pueden seguir así. Debe ocurrir algo, sea la llegada de los nazis, sea que nuestro fascismo casero se disponga a actuar o, como algunos suponen, que Otto von Habsburg aparezca en escena... Está usted en lo cierto al pensar que queremos permanecer aquí resignadamente. Al fin de cuentas, ¿hacia dónde dirigiría mi dependencia y mi impotencia física? Además, todas las tierras extranjeras son inhospitalarias. Sólo si llegara a dominar Viena un gobernante tipo Hitler me iría, naturalmente, sin importarme a dónde. Sólo puedo describir mi actitud hacia los dos partidos en contienda (el fascismo austriaco y la svástica) citando a Shakespeare: "una plaga en ambas casas"\**

Tenía razón al plantear de esa manera la situación y aceptar como un mal menor el fascismo clerical austriaco. Sin embargo, en julio del



**Albert Einstein**

34 los nazis asesinaron al canciller Dollfuss, lo que provocó una reacción de autonomía frente a Alemania y alimentó la esperanza de que el país conservaría cierta independencia, en la ilusión de contar aún con el apoyo de Mussolini. Freud se encontraba trabajando en la que sería su última gran obra: *Moisés y la religión monoteísta* cuyos primeros dos capítulos aparecería tres años más tarde en *Imago* con el título *Moisés, un egipcio*.

Pero no se sentía completamente seguro en relación con el asunto. En una carta a Arnold Zweig le decía:

*Yo mismo considero que este trabajo mío carece de una base bien sólida y no me gusta tanto.*

A Lou Andreas Salomé le haría en enero de 1935 una detallada descripción de su concepción sobre Moisés y el problema de la religión, que condensaba en una fórmula según la cual ésta no debería su fuerza a ninguna verdad entendida al pie de la letra sino a la "verdad histórica" que contiene. Y concluía la carta de varias páginas:

*Ahora, Lou, ve usted que uno no puede publicar esta fórmula, que me ha fascinado a mí, en la Austria de hoy, sin correr el riesgo de que las autoridades católicas prohíban oficialmente la práctica psicoanalítica. Y este catolicismo es el que nos protege del nazismo. Además, la base histórica de todo lo que se refiere a Moisés no es lo bastante sólida como para servir de base a mis puntos de vista, valiosísimos a mi juicio. De modo que me mantengo en silencio. Me basta con poder creer yo mismo en la solución que propongo al problema. Esta idea me ha perseguido toda la vida.*

Pero lo que más temía era que la publicación de su libro le produjera dificultades con las autoridades de su país. En la misma carta a Zweig le decía:

*Aquí estamos viviendo en una atmósfera de estricta fe católica. Se ha dicho que nuestra política es elaborada por un tal padre Schmidt, que es confidente del papa y, por desgracia, realiza también investigaciones sobre etnología y religión; en sus libros no oculta su aborrecimiento del psicoanálisis y especialmente de mi teoría totémica... Ahora bien, cabe esperar que una cosa que yo publique atraerá cierta atracción y no dejará de llegar a manos de este padre, tan mal dispuesto hacia mí. En este caso corremos el riesgo de una proscripción total del psicoanálisis en Viena y el cese de todas las demás cosas que publicamos. Si el peligro fuera sólo para mí, poco me impresionaría, pero el privar a nuestros miembros de aquí, en Viena, de su fuente de subsistencia es una responsabilidad demasiado grande.*

No exageraba en cuanto a sus temores. Dos años más tarde, poco después de celebrarse su octogésimo aniversario (y el 13 de septiembre sus bodas de oro), le escribiría a Jones:

*Nuestro ministro de Educación ha emitido un anuncio formal en el sentido de que la época de la labor científica que se realice al margen de ciertos supuestos previos —como era el caso en la era liberal— ha pasado ya; desde*

*ahora en adelante, toda ciencia deberá trabajar al unisono con la Weltanschauung cristiano-germánica. Esto no deja de prometerme una buena diversión. ¡Ni más ni menos que en la querida Alemania!*

Vale la pena transcribir la carta que recibiera desde Princeton el 21 de abril con motivo de su cumpleaños:

*Me siento feliz de que a esta generación le haya tocado en suerte la oportunidad de expresar su respeto y su gratitud a usted, que es uno de sus más grandes maestros. Seguramente no fue fácil lograr que la gente profana, escéptica como es, haya llegado a hacerse al respecto un juicio independiente. Hasta hace poco, lo único que me era posible captar era la fuerza especulativa de sus concepciones, a la vez que la enorme influencia ejercida por la Weltanschauung de nuestra presente era, sin estar en condiciones de hacerme un juicio independiente acerca del grado de verdad que contenía. Pero hace muy poco tuve la oportunidad de oír acerca de algunas cosas no muy importantes en sí mismas, que a mi juicio descartan toda interpretación que no sea la que usted ofrece en su teoría de la represión. Me sentí encantado con haber dado con esas cosas, ya que siempre es encantador el ver que una grande y hermosa concepción concuerda con la realidad. Con mis más cordiales deseos y mi profundo respeto, suyo, A. Einstein.*

Freud le respondería:

*Realmente tengo que decirle cuán contento me siento al comprobar el cambio registrado en su opinión, o al menos el comienzo de un cambio. Siempre he sabido, por supuesto, que usted me "admiraba" por cortesía y creía muy poco en cualquier aspecto de mis doctrinas, si bien me he estado preguntando a menudo qué es lo que en realidad se puede admirar en ellas si no son verdaderas, es decir, si no contienen una gran parte de verdad. De paso, ¿no cree usted que yo hubiera sido tratado mejor si mis doctrinas contuvieran un porcentaje mayor de error y de extrava-*



*gancias? Yo le llevo a usted tantos años que puedo permitirme la esperanza de contarle entre mis "partidarios" cuando usted haya alcanzado mi edad. Como yo no podré enterarme de ello, estoy saboreando ya esa satisfacción. Usted sabe lo que ahora está pasando por mi mente: "un presentimiento de tal felicidad disfruto ya, etc."\*\**

También fue visitado por Thomas Mann, que el 8 de mayo había pronunciado una conferencia con el título "Freud y el porvenir" en la Sociedad Académica de Psicología Médica, que repitió en diferentes lugares cinco o seis veces durante el mismo mes y el domingo 14 de junio leyó ante el propio Freud, entregándole además una declaración firmada por 191 artistas y escritores que encabezaban, además de él mismo, Romain Rolland —a quien Freud estimaba sobremedida y que desde hacía varios años era uno de sus corresponsales—, Jules Romains, H.G. Wells, Virginia Woolf y Stefan Zweig, que firmaban entre otros Hermann Broch, Alfred Döblin, Knut Hamsun, Hermann Hesse, Aldous Huxley, Else Lasker-Schüler,

André Maurois, Robert Musil, Bruno Walter, Franz Werfel, Thornton Wilder, James Joyce, André Gide, Salvador Dalí, Pablo Picasso, Paul Klee... En dicha conferencia afirmaba Mann estar absolutamente convencido de que alguna vez se reconocería en la obra de Freud "uno de los sillares más importantes que han sido aportados a una nueva antropología que hoy se está formando de múltiples maneras y, con ello, al cimiento del porvenir, a la casa de una humanidad más inteligente y más libre", considerando que éste sería honrado como "el precursor de un humanismo del porvenir que nosotros presentimos y que habrá de atravesar por muchas cosas de las que nada supieron los humanismos anteriores, un humanismo que mantendrá con las fuerzas del inframundo, de lo inconsciente, del 'ello', unas relaciones más atrevidas, más libres y serenas, más maduras artísticamente, de las que pudo mantener una humanidad como la actual, acusada por la angustia neurótica y por el odio nacido de ella". Y concluía: "No carece de sentido el pensamiento de que la liquidación de la gran angus-

tia y del gran odio, su superación por el establecimiento de una relación irónico-artística y, sin embargo, no carente necesariamente de piedad, con lo inconsciente, pueda alguna vez ser tratado como el efecto terapéutico de esa ciencia para la humanidad".

Pero además de las preocupaciones de carácter político, tuvo que enfrentar el proceso de su enfermedad, sometiéndose durante el mes de julio a dos intervenciones quirúrgicas particularmente dolorosas, durante las cuales se encontró, ahora sin dar lugar a la menor duda, tejido canceroso: el tumor que se había descubierto en abril de 1923 descubrió su carácter maligno. Comenta Jones: "Durante los últimos cinco años los médicos habían estado evitando ese desenlace mediante la extirpación de tejidos precancerosos, pero de ahora en adelante ya sabían que estaban frente a frente con el enemigo y que había que estar dispuestos a que se reprodujeran constantemente recurrencias de formaciones malignas". A finales de año volvió a presentarse otra crisis cuando su hija Anna detectó otra zona sospechosa que su médico de entonces —el doctor Pichler— pensó equivocadamente era carcinomatosa. El 12 de diciembre fue sometido a una cauterización particularmente dolorosa. Fue la única oportunidad en que Freud, para sorpresa de su médico exclamó: ¡Ya no puedo soportar más!

En enero de 1937 falleció Jo-Fi, la perrita de Freud, con la que se había encariñado mucho durante los últimos siete años. Apenas un mes antes le había escrito una preciosa carta a su amiga la princesa Marie Bonaparte, que como él era también amante de los animales y acababa de perder a su perrito Topsy. La carta de Freud lo muestra en toda su humanidad:

*Acaban de llegarme la tarjeta postal y el manuscrito del libro de Topsy que usted me envía desde Atenas. El libro me enamora; es conmovedoramente real y cierto. No es, por supuesto, un trabajo analítico, pero la búsqueda que al analista hace de la verdad y el conocimiento puede percibirse muy bien detrás de esta creación. Realmente proporciona las razones por las cuales uno puede*



Con Anna, al abandonar Viena, Junio 5 de 1938.

amar con tan extraña profundidad a un animal Topsy o Jo-Fi: su afecto, desprovisto de toda ambivalencia, la simplicidad de su vida, libre de todos los conflictos casi insostenibles de la civilización, la belleza de una existencia completa en sí misma. Y a pesar de la extraña naturaleza de su desarrollo orgánico, un sentimiento de íntima relación —un sentido innegable del pertenecerse mutuamente— existe entre nosotros. Mientras acariciaba a Jo-Fi me he sorprendido a veces entonando en voz baja una melodía que, aún siendo yo completamente antimusical, pude reconocer como el aria de Don Giovanni: "Un lazo de amistad nos une, etc."

Al mes siguiente perdió a una gran amiga: Lou Andreas Salomé, la extraordinaria mujer que había sido

su alumna desde comienzos de la segunda década del siglo, a quien admiraba profundamente y seguramente llegó a amar. El obituario de Freud, publicado en el *International Journal of Psychoanalysis* lo manifestaba con profunda emoción y sinceridad. Pero la situación política, que empeoraba de día en día, continuaba siendo lo más preocupante. En una carta de marzo a Jones le decía:

*La situación política comienza a hacerse cada día más sombría. Nadie detendrá probablemente la invasión nazi, con sus violentas consecuencias para el psicoanálisis y para todo lo demás. Mi única esperanza es que yo no llegue a vivir lo suficiente como para verlo.*

En efecto, un año más tarde, el 11 de marzo exactamente, los alemanes entraban en Viena.

Cuatro días después recibió Freud la visita de las SA. Se produjo una situación embarazosa cuando el grupo de jóvenes se disponía a extorsionar a la familia. La esposa de Freud había puesto sobre la mesa del comedor el dinero de que disponía en ese momento para los gatos de la casa, y Ana había abierto la caja de seguridad sacando de ella todo lo que contenía: 6.000 chelines austríacos, el equivalente a unas 300 libras esterlinas. Cuando los invasores se disponían a repartirse el botín apareció Freud, atraído por el alboroto. Jones comenta que éste tenía una manera de clavar la mirada y fruncir el entrecejo "que le envidiaría cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento", y que el efecto producido por su presencia terminó por desconcertar a los visitantes, quienes manifestaron que volverían otro día y se retiraron apresuradamente. Una semana más tarde la Gestapo realizó una visita de inspección con el propósito de buscar literatura antinazi, aunque no entraron en las habitaciones privadas de Freud. Se llevaron a Ana, que permaneció varias horas en sus instalaciones.

Resultaba impostergable la emigración. El 13 de marzo se reunió por última vez en Viena la comisión de la Sociedad Psicoanalítica y decidió que todo el que pudiera abandonar el país debería hacerlo y que la sede de la misma estaría donde se estableciese Freud, quien comentó: "Después de que Tito destruyó el templo de Jerusalén, el rabí Johanan Ben Saccai pidió permiso para abrir una escuela en Jabneh para estudiar la Torah. Nosotros vamos a hacer lo mismo. De todos modos, estamos acostumbrados por nuestra historia, por la tradición, y algunos de nosotros por nuestra experiencia personal..."

El 17 llegó desde París Marie Bonaparte, la sobrina bisnieta de Napoleón y esposa del príncipe Jorge de Grecia, que se había psicoanalizado con Freud desde el año 1925 convirtiéndose en su discípula y amiga, que ahora se mostraba tan solidaria. Ella sería la que lo recibiría en París el 5 de junio, junto con el embajador de los Estados Unidos: W.C. Bullitt, un amigo personal del presidente Roosevelt, quien también prestó ayuda muy eficaz para



facilitar la salida del maestro de Viena (un miembro de la delegación americana en esta ciudad acompañó a la familia Freud en el viaje en tren a París).

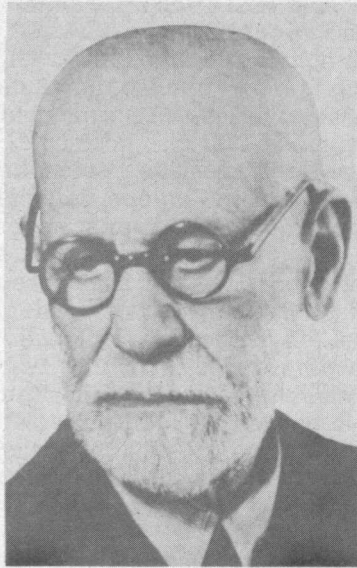
Tal vez valga la pena recordar una anécdota que muestra a cabalidad la personalidad, el coraje, el valor civil y moral de Sigmund Freud, y al mismo tiempo su insuperable sentido del humor. Cuando, la víspera de su partida de Viena, fue visitado por la Gestapo, ésta le presentó un documento que él debería firmar como condición para obtener la visa de salida. El documento decía: "Yo, profesor Freud, confirmo por medio de la presente que tras la anexión de Austria al Reich de Alemania he sido tratado por las autoridades alemanas y en particular por la Gestapo con todo el respeto y la consideración que merece mi reputación como científico; que he podido vivir

y trabajar en completa libertad, así como proseguir mis actividades de todos los modos que lo he deseado; que recibí pleno apoyo de todos los que intervinieron en este respecto y que no tengo el más mínimo motivo de queja".

Cuando el comisario nazi le presentó el papel para que lo firmase, Freud le preguntó que si podía agregar por su cuenta una frase. Y escribió: Me permito de todo corazón recomendar a la Gestapo a cualquier persona.

Durante 79 años había vivido Freud, desde que su familia salió de Freiberg (la aldea de Moravia, hoy Checoslovaquia, en donde nació en 1856) en Viena. En su biografía había relatado que sus antepasados por vía paterna vivieron durante mucho tiempo en Colonia, emigrando en el siglo XIV o XV hacia el oriente, como víctimas de las persecuciones de entonces en el Rhin, y

que regresaron luego, a comienzos del siglo XIX, a través de Lituania y Galitzia, para establecerse en Austria. Ahora Freud y su familia debían partir, cruzando el Rhin hacia el occidente para luego radicarse en Londres. No deja de sorprender un detalle del inconsciente de Freud. Le contó a su hijo que durante el viaje nocturno de París a Londres, en el tren o en el ferryboat que atravesaba el Canal de la Mancha, soñó que estaba desembarcando en Pevensy, el puerto en que había desembarcado Guillermo el Conquistador en el año 1.066, quien tras la batalla de Hastings ese mismo año establecería allí su dominio. Como comenta Jones, "no era esto lo que correspondía a un refugiado deprimido, y en realidad era una promesa de los honores casi reales con que fue recibido en Inglaterra".



Sin embargo, el proceso de la enfermedad cuyas primeras manifestaciones habían sido detectadas 16 años antes y que hizo necesarias 33 intervenciones quirúrgicas a lo largo del tiempo, algunas de ellas extremadamente dolorosas, se aceleró implacablemente. A mediados de agosto se detectó una nueva formación maligna en la propia cicatriz de la última intervención, que obligó al traslado del paciente a una clínica quirúrgica, en donde lo afeitaron para poder abrir la mejilla y lograr un acceso más funcional al paladar afectado. El mismo doctor Pichler, su médico de cabecera en Viena, vino en avión y llevó a cabo la operación que duró más de dos horas, el 8 de septiembre. En una carta del mes siguiente diría Freud que había sido la operación más seria que había padecido desde la primera en el año 23. Aunque le aseguraron los médicos que se mejoraría en unas seis semanas, la verdad es que, como dice Jones, "nunca se recuperó plenamente de los efectos de esta seria operación y se fue debilitando cada vez más".

A finales de ese mes de septiembre se instaló la familia en lo que sería su último domicilio, en el número 20 de *Maresfield Gardens* en Hampstead, una bella casa con un amplio jardín en donde Freud acostumbraba a leer en una silla mecedora provista de un toldo para protegerse del sol. Todo su menaje, sus libros y antigüedades, habían llegado intactos a Londres el 15 de

agosto y fueron ubicados de manera similar a como se encontraban ubicados en Viena, de manera que el viejo no extrañara demasiado el ambiente de su gabinete de la Berggasse. Cuando estaba en condiciones de recibir era visitado por personalidades tanto del país como del extranjero. Así por ejemplo, el 23 de junio de su último año de vida tres secretarios de la Royal Society, de la que había sido nombrado miembro tres años atrás, le trajeron el estatuto social de la misma para que lo firmara, regalándole una producción del gran libro que contenía, entre otras, las firmas de Isaac Newton y Charles Darwin. El 19 de junio Stefan Zweig había traído a Salvador Dalí, quien realizó entonces uno de sus dos bocetos del maestro, afirmando que surrealísticamente el cráneo de Freud evocaba un caracol. Al día siguiente le escribió éste a Zweig:

*Realmente debo agradecerle que haya traído al visitante de ayer, porque hasta el momento yo me había inclinado a considerar a los surrealistas, que al parecer me han adoptado como su santo patrono, como locos rematados (digamos en un 95%, como ocurre con el alcohol). Este joven español con sus cándidos ojos fanáticos y su innegable maestría técnica, ha cambiado mi valoración. Realmente sería muy interesante investigar analíticamente cómo llegó a crear ese cuadro.*

Aunque tuvo períodos de mejoría durante los cuales volvía a manifestar su buen sentido del humor, el proceso de la enfermedad era inexorable. Por los días en que estalló la guerra, su mejilla se volvió gangrenosa y terminó por producirse una perforación que comunicaba la cavidad oral con el exterior, lo que causó un ligero alivio del dolor y permitió aplicar más fácilmente el medicamento. Pero el olor fétido aumentó de tal manera, que fue necesario recubrir la cama del paciente con un mosquitero para evitar que se acercaran las moscas.

Freud alcanzó a experimentar uno de los primeros ataques aéreos a Londres, en precaución del cual su cama fue trasladada a la parte más segura de la casa. Todavía poco antes de morir le hizo una observación llena de humor a su médico.

Tenía que ver con el libro que por entonces estaba leyendo, *La piel de zapa* de Balzac. Cuando lo terminó le dijo: "Este era el libro adecuado para que leñera, trata del encogimiento y la inanición".

Al día siguiente, 21 de septiembre, Freud le tomó la mano y le dijo: Mi querido Schur, seguramente recuerda nuestra primera conversación. Entonces prometió no abandonarme cuando llegara el momento. Ahora sólo queda la tortura, que no tiene sentido".

Ante el asentimiento del médico suspiró aliviado, sostuvo su mano un buen rato y le dijo: Se lo agradezco... cuéteselo a Ana.

Agrega el doctor en su relato: "Todo esto fue dicho sin sentimientos y con plena conciencia de la realidad". Y a renglón seguido concluye: "Le informé a Ana sobre nuestra conversación, como Freud me había pedido. Cuando se repitieron los insoportables dolores, le administré dos centigramos de morfina. De inmediato sintió alivio y se sumió en un sueño pacífico. La expresión de dolor y sufrimiento había desaparecido. Después de doce horas repetí la dosis. Evidentemente Freud se encontraba tan cerca del fin de sus reservas que cayó en estado de coma y no volvió a despertar. Murió a las tres de la madrugada del 23 de septiembre de 1939".

\* "Romeo y Julieta".

\*\* Alusión al "Fausto", Acto V.

Los extractos de la correspondencia de Freud provienen de las siguientes fuentes:

#### NOTAS

1. Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud, Volumen III*. Traducción del doctor Mario Carliski. Biblioteca de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Editorial Nova, Buenos Aires, 1959. Existe también una traducción de la versión abreviada por L. Trilling y S. Marcus (Basic Books, N.Y. 1961) en Editorial Anagrama, Barcelona, 1970).
2. Max Schur, *Sigmund Freud, enfermedad y muerte en su vida y en su obra*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1980. Volumen II (edición original: New York, 1972). Se trata del testimonio valiosísimo de quien fuera el médico que atendió a Freud durante la última etapa de su enfermedad).
3. *Sigmund Freud, His Life in Pictures and Words*. Edited by Ernest Freud, Lucie Freud and Ilse Grubrich-Smitis. W.W. Northon, New York-Londres, 1985.